

The background of the book cover features a blurred image of vertical metal bars, likely from a prison cell. Sunlight filters through the bars, creating a warm, golden bokeh effect with soft, out-of-focus light spots. The overall tone is somber yet hopeful, reflecting the themes of the book.

**Haroldo
Conti**

**Alrededor
de la jaula**

emecé

Haroldo Conti

Alrededor de la jaula

emecé | Biblioteca Haroldo Conti

El vapor de la carrera apareció en la punta de la usina con todas las luces encendidas. No era más que eso, un montoncito de luces que aparecía a las nueve por la derecha y se deslizaba sobre el parapeto de la Costanera hacia la izquierda, entre las boyas del canal. Hasta el parapeto, a pesar de la luz macilenta de los faroles, era fácil reconocer cada cosa. Después había unas luces solitarias que flotaban a distintas alturas en medio de la oscuridad. Las luces de los barcos y las luces del canal y, arriba de todo, las luces de los aviones que salían o entraban al aeroparque, y naturalmente las luces de las estrellas. Parecían estar todas a la misma distancia, solo que a distintas alturas. Inclusive era fácil confundir una boya blanca con una estrella.

El vapor de la carrera cruzaba hacia la izquierda o eso parecía al menos porque observándolo mejor llegaba un momento en el cual se detenía casi en el medio y después, muy lentamente, comenzaba a trepar. De

manera que nunca llegaba al otro lado, sino que de pronto desaparecía en la noche.

Era algo realmente alegre aquel montoncito de luces.

A esa hora la mayor parte de la gente se había marchado y de este lado del parapeto los coches iban y venían a marcha reducida. En general, todo comenzaba a moverse con mayor lentitud. La gente que quedaba o las sombras de la gente erraban de aquí para allá, sin tiempo, y las voces sonaban frágiles y quebradizas en alguna dirección incierta.

A ratos soplaban el viento del río y entonces las luces vacilaban como si fueran a apagarse y un olor agrio y melancólico brotaba de las sombras.

En enero, cuando el vapor asomaba en la punta de la usina, todavía quedaba un resto de luz sobre las copas de los árboles. Sobre el río y a ras del suelo ya era de noche. Pero las puntas de los árboles y sobre todo las torres de la radio estaban metidas en el día. Era la hora exacta para admirar aquellas torres.

Los mozos de La Rambla plegaban las sombrillas y tendían las mesas. Cada diez minutos los parlantes anunciaban la gran atracción de la temporada: Piero. Todas las noches, mientras los tipos de los coches masticaban con cara de muertos de hambre, Piero aullaba con acompañamiento de guitarra *Notte di luna calante* o *Le stelle d'oro*, por el estilo de Peppino di Capri. En realidad, no tocaba él la guitarra sino que hacía como que la tocaba porque el verdadero acompañamiento

provenía de una cinta magnética. A cierta distancia, y masticando como masticaban aquellos tipos, era difícil distinguir las cosas y solo se apreciaba el conjunto. A esa distancia y en medio de las luces Piero parecía también el tipo más divertido del mundo. Mientras aullaba, sonreía y saludaba a la gente. Lo hacía de una manera ambigua y general pero, para el caso, producía el efecto de que sonreía y saludaba a cada uno en particular. Cuando cantaba *Él iba a caballo*, por ejemplo, se movía de tal manera que a pesar del cuerpecito seco y miserable que tenía daba la impresión de ser el caballo y el jinete al mismo tiempo. Pero sobre todo daba la impresión de ser exactamente el alegre tipo de la historia.

Para decir la verdad, si había un muerto de hambre en todo este asunto era el propio Piero, o como se llamara. Dos años antes, el verano que Milo comenzó a trabajar con Silvestre, Piero, que entonces se llamaba Larry, hacía lo que se dice baile de fantasía con el mismo sistema de la cinta magnética. Pasaban, por ejemplo, *Patricia*, de Pérez Prado, que en aquel verano estaba de moda y Larry, es decir, Piero, bailaba como una loca con un saco de seda de color rojo, un pantalón blanco y un sombrero de copa.

La primera vez que lo vio Milo quedó impresionado. Parecía un tipo lleno de vida. Brotaba de la luz y giraba y saltaba suavemente como un gran pájaro. Hasta el día que lo vio detrás del escenario entre los cajones de Coca-Cola y los barriles de vino con una camiseta agujereada y un pantalón raído, devorando

un sandwich de chorizo con ese rostro pálido y endurecido medio de chico, medio de viejo.

Completaban el programa una pareja de cómicos: Sandra y Rollito. Según Silvestre tenían escuela. Milo no estaba muy seguro y además no sabía qué era exactamente eso de tener escuela. Hablando con franqueza, para él más bien resultaban otros muertos de hambre. Los chistes que hacían los conocía todo el mundo y si alguien, por casualidad, no los conocía podía darse cuenta en seguida de cómo iban a terminar. Estaba el chiste del paraguas, por ejemplo, o el del médico sordo, chistes clásicos como quien dice, y el único que se reía era Silvestre. Milo se reía también, por cortesía, pero le daba bien en los forros. Por supuesto, nunca faltaba algún desgraciado que les largaba una pedorreta. En realidad el chiste estaba en eso, y todo el mundo lo festejaba. Al principio los cómicos se hacían los desentendidos, pero al final Rollito, por lo menos, lo festejaba también y se quitaba el bonete y agradecía. El desgraciado le disparaba entonces otra pedorreta, una de esas breves y agudas que por algún motivo parecen más certeras.

Sandra vestía un mameluco de seda de dos colores, rojo y amarillo, con una especie de babero en forma de bandeja. Rollito una levita a cuadros y un pantalón enorme con dos parches amarillo y rojo. Además usaba un par de zapatos muy largos y flexibles que golpeaba contra el piso cada vez que decía algo gracioso o que suponía gracioso, y un paraguas, naturalmente, para el chiste del paraguas.

De cerca, es decir, detrás del escenario, entre los barriles y cajones de Coca-Cola parecían dos personas distintas. Rollito era un verdadero anciano con dos piernitas temblorosas, blancas como la leche. Así en calzoncillos, mientras plegaba cuidadosamente la levita y el pantalón, resultaba mucho más cómico que el verdadero Rollito. La señora Sandra, que se cambiaba en el baño para damas de la Municipalidad, y que tenía todavía menos que ver con la Sandra del mameluco, no era una gorda propiamente dicho, sino algo más grande y confuso y uno solamente podía prestar atención a cada cosa por separado, empezando por los pechos que venían adelante, se comprende, como si los trajera en brazos. En fin, nadie podía creer que hubiesen sido una gran atracción en Europa ni en cualquier otra parte del mundo.

Lo de Europa era lo que decían los carteles, un rollo de amarillentos carteles impresos por La Familia Italiana y que conservaban de alguna gira cuando aquel tipo de comicidad funcionaba todavía, veinte o treinta años atrás (seguramente el chiste del médico sordo ya era viejo entonces). El tipo que hacía de *speaker* se alisaba la porra, les sonreía a todos como si los conociera desde chico y saltando de golpe sobre la punta de los pies anunciaba a los gritos «¡Señoras y señores!... ¡¡¡Saaandra y Rollllito!!!... ¡La pareja más aplaudida de Uropa!» Revoleaba el brazo de una manera muy curiosa y lo lanzaba con cierta violencia hacia la derecha por donde aparecían Sandra y Rollito

como si efectivamente recién llegaran de Europa. Los señores y señoras no parecían muy impresionados y seguramente les habría dado lo mismo que viniesen del Congo, para decir un nombre, o del mismo culo del mundo, para decir todos, porque seguían masticando como si tal cosa.

Bueno, es el caso que viendo a la señora Sandra un poco más de cerca nadie podía tomar en serio ni siquiera los letreros de La Familia Italiana. Era el doble de Rollito, por lo menos, aunque uno solo de sus brazos hacía ya la mitad. La carne le saltaba por todos lados y cualquier movimiento la llenaba de hoyitos.

Sin embargo, el rostro encima de todo aquello parecía el primer sorprendido y era como si nada tuviese que ver con el resto del cuerpo. Conservaba un aire infantil, cierta expresión plácida y traviesa al mismo tiempo.

Rollito terminaba de acomodar las ropas en una caja de madera llena de etiquetas; Sandra lo ayudaba a colocarse el sobretodo, porque usaba sobretodo aun en pleno verano, le enlazaba la bufanda como a un chico o posiblemente a un gran artista, un tenor, por ejemplo, de esos que hablaba Silvestre, y luego marchaban tomados del brazo.

Todo a propósito de La Rambla y de la voz errátil de los parlantes a esa hora.

El vapor de la carrera había llegado al punto donde justamente parecía detenerse. Dos luces rojas en mitad de la noche, a la derecha, indicaban las puntas de la

chimenea de la usina. Desde el espigón del balneario con las oscuras copas de los árboles que se mecían como grandes globos se alcanzaban a ver las luces temblorosas de las ciudades del sur que se perdían en fila india hacia La Plata. Y con todo, hacia el oeste, todavía era de día. Los edificios se recortaban chatos y negros en una misma línea con los bordes que se desvanecían sobre un gran resplandor amoratado.

Para Milo el mundo conocido estaba entre el río y aquellos edificios. Solo que el río parecía querer decirle algo y aquellos edificios no le decían absolutamente nada.

Silvestre había encendido la luz de la casilla y contaba la plata con gesto aburrido. Cuando se adelantaba un poco para echar la ceniza del cigarrillo a través de la ventanilla quedaba completamente en sombras. Tenía el rostro cada vez más sumido y amarillo. A veces miraba hacia donde estaba Milo, en las sombras, pero no podía verlo. No podía ver nada porque la luz le pegaba en los ojos.

Había empezado a ponerse amarillo en el invierno. Después, en septiembre, cuando comenzó a preparar los cochecitos y las voladoras pareció mejorar. Pero aparte del color y de esa expresión cansada o aburrida, se había vuelto para adentro y no prestaba atención a nada. Bebía una que otra copita de vino, por costumbre, y se quedaba mirando los galgos de bronce o los pequeños leones de mármol. Lo único que lo animaba todavía era cuando a Milo le daba por saltar y correr y

se colgaba del trapecio o escalaba la cucaña y se lanzaba por el tobogán cabeza abajo dando grandes gritos. Eso lo sacaba del pozo en que estaba metido y sonreía.

Antes Milo cruzaba hasta El Rey del Vacío y traía un par de sandwiches y una jarrita de vino. Comían sentados en uno de los bancos que mira al río y cuando el vapor de la carrera había desaparecido miraban un rato los números de La Rambla. Después Silvestre encendía las luces y echaba a andar los cochecitos y la gente volvía a acercarse con sus chicos. Pero ahora dejaba que llegaran las sombras y apenas encendía la luz de la casilla para contar el dinero. Ponía los billetes a un lado, después de alisarlos con las uñas, y las monedas en una bolsita de polietileno. Tardaba tanto que parecía que contaba una fortuna. La verdad es que cada día ponía menos atención y se paraba a cada rato para mirar hacia Milo o hacia cualquier otra parte, sin ver nada naturalmente. Mientras contaba el dinero, Milo había cubierto el motor de los cochecitos con la funda de lona, ataba las hamacas y le metía candado a la caja del tablero.

Al final Silvestre hacía un rollito con los billetes, apagaba la luz y después de cerrar la puerta lo llamaba sin alzar la voz.

—Milo.

Milo se acercaba en las sombras hacia el lento rumor de sus pasos que se alejaban.

—Vamos, Milo.

Costearon el jardín con los galgos de bronce, cruzaron la pista de pruebas de la Dirección de Tránsito, llena de marcas y señales abolladas, y embocaron la calle Brasil en dirección al puente.

El Rey del Vacío estaba realmente vacío, salvo los dos o tres tipos de las casillas del MOP que bebían sentados a una mesita. Lino, detrás del mostrador, leía la quinta con un ojo puesto en el diario y otro en la calle. Todavía no había perdido la esperanza de que los coches, en lugar de pasar de largo y detenerse en La Rambla, se decidieran a parar allí. Había gastado una punta de pesos al comienzo de la temporada en cartelitos de acrílico y lucecitas de colores y hasta puso un gallego que atendía las mesas con chaqueta y moñito y tenía las uñas limpias. Pero la cosa no funcionaba, porque siempre había un tipo en camiseta tomando vino por vaso, a pesar de los discos de Rita Pavone o Paul Anka. Además el propio Lino tenía una linda cara de preso.

Tiempo atrás, y siempre en vía de renovarse, había colocado un televisor de 23 pulgadas en una especie de nicho y en un ángulo que podía ser visto tanto de las mesitas como del mostrador, pero todo el resultado que obtuvo fue que unas y otro se llenasen de vagos y de que él mismo dejase de prestar atención al negocio.

Bueno, ese era Lino. Un tipo tan lleno de ideas como de mala suerte. Una mala suerte que, según parece, le venía del viejo, de manera que había terminado por

tomarle afecto. Hablaba de ella sin rencor y en forma elevada como si se tratara de una persona de carne y hueso. Pensándolo mejor, parecía hablar justamente a esa persona y no a Silvestre cuando a propósito de esto o aquello le daba la gran lata sobre el asunto. Silvestre era capaz de escucharlo un par de horas sin despegar los labios.

La primavera que Silvestre instaló los cochecitos (las voladoras vinieron después), la primavera del 56, cuando las cosas pintaban bien y parecía que de ahí en adelante el mundo iba a mejorar en un cincuenta por ciento, Lino levantó El Rey del Vacío que originalmente fue un simple quiosco, antes de llegar a ser lo que es ahora: un quiosco complicado. Al año siguiente puso el televisor y un letrero luminoso que luego tuvo que sacar porque le daba a la carne un tinte sombrío. Pero eso ya es historia del quiosco mismo y no viene al caso, si bien la historia de las simples cosas termina por ser la historia de la propia gente.

En ese tiempo Lino estaba tan lleno de proyectos que veía las cosas de otro color y Silvestre había comenzado a trabajar en su colección de autómatas. Milo no había aparecido todavía.

Después que la gente se había ido, se sentaban a beber una jarrita de vino de la costa y cada uno hablaba de lo suyo sin prestar verdadera atención a lo que decía el otro, porque tal vez bastaba el sentimiento, ese espeso fluir de la vida en algo semejante a aquel vino.

Un día apareció Milo. Y aunque nada tiene que ver una cosa con otra, de todas maneras cambiaron para ese tiempo.

* * *

Silvestre respondió con gesto distraído al saludo del gallego y se acomodó en una de las mesitas.

Había dos tipos que bebían en silencio y parecían estar aguardando que sucediera algo importante, por lo menos desde el verano anterior.

Silvestre se quitó el sombrero y armó un cigarrillo.

—Milo —llamó hacia las sombras.

—Sí, pa —respondió la voz del muchacho.

Le decía «pa» para abreviar las cosas, porque Silvestre no era su «pa» ni nada; pero fue lo primero que le salió cuando dejó de pensar que era un extraño.

Silvestre terminó de armar el cigarrillo y se calzó el sombrero.

—Lino, dale algo.

Lino bajó el diario.

—¿Has visto lo de la ley de alquileres?

—No.

—Es como yo decía. Nos van a reventar a todos.

—¡Qué se va a hacer! Dale algo sano.

Lino seguía apoyado en el mostrador. Se metió un dedo en la oreja y lo sacudió con fuerza.

—¡Gente feliz!

Los parlantes de La Rambla bramaban *El escondite de Hernando* por la gran banda vibrante de Enoch Light. Con las rachas de viento que inflamaban o sorbían el sonido, a ratos sonaba muy lejos, a ratos pasaba rugiendo entre las mesitas.

Silvestre miró la hora, por mirar. Después alzó la cabeza y se quedó observando las lucecitas de las torres. Tirando una línea que enhebraba las lucecitas aparecían las torres, como los dibujos de *Domingos Alegres*.

Pasó un coche lleno de voces y risas.

—¡Cómo la gozan! —dijo Lino con expresión sombría.

Silvestre encendió el cigarrillo y se afirmó en la silla.

—Milo, ¿me oíste?

El muchacho se aproximó a la mesa.

Ese último tiempo había pegado un estirón. Tenía el rostro sumido y ojeroso y un aire turbado, pero en general lucía mucho mejor que aquella cagadita que había recogido dos años atrás. Era flaco por naturaleza, pero cada hueso estaba en su lugar y la vida le brotaba por los ojos.

Silvestre le señaló la silla que tenía enfrente. El muchacho se sentó mirando para otro lado. Al principio se ponía realmente nervioso porque Silvestre no hablaba casi nada. Después se acostumbró y todavía hablaba menos que Silvestre. No hacía más que mover los ojos de un lado a otro y observar las cosas con atención. Estaba en ese momento de la vida. No le sucedía como a

Silvestre, que se movía más bien ante el recuerdo de las cosas, sino que las veía tal cual eran y veía justamente el lado que tenía adelante.

—¿No tenés frío?

—No.

—¿Seguro?

—No.

Lino cantaba y sudaba frente a la parrilla.

Un coche que avanzaba desde el puente aminoró la marcha y pareció que iba a detenerse. Lino pegó un salto y calzó el *pick up* sobre un disco de Machito que tenía siempre dando vueltas. La música reventó sobre sus cabezas y por un momento perdieron la noción del lugar.

El tipo que manejaba asomó la cabeza y pareció dudar un instante, pero de cualquier forma el coche siguió andando y viró lentamente hacia La Rambla.

Lino dijo algo que nadie oyó y después levantó el *pick up* y volvieron a lo de antes.

La bocina de la locomotora diesel que maniobraba en el puerto sonó muy cerca, como si fuera a traspasar el quiosco de un momento a otro, señal de que había cambiado el viento. Las luces del canal bailotearon a lo lejos.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó Lino alegremente por encima del hombro.

—Se ve desde aquí —dijo Silvestre sin volverse.

—¿Cómo?

—Bien.

—Primera noticia.

El gallego trajo por fin un bife de costilla, una ensalada mixta, una Coca-Cola y una jarrita de vino. Silvestre no cenaba y en general casi no comía. El vino mismo lo tomaba ahora más bien por costumbre.

Lino dejó el mostrador, trajo un vaso y se sentó.

En La Rambla habían empezado con los números, y se oía la voz de Piero entre los árboles.

—No sé cómo la gente lo aguanta —dijo Lino.

—¿Qué cosa?

—Todos esos gritos.

Se refería a Piero.

—Sí, no es gran cosa. Sin embargo, antes cuando cantaba *Las Horas* no estaba del todo mal.

Era antes de Larry, un tiempo que Milo no había conocido.

—No era *Las Horas* sino *El Reloj*. Fue un rasca toda la vida de cualquier forma.

—Tiene un estilo.

—A la gente no le importa el estilo. Además no tiene ninguno, que yo sepa... Le da por ahí y basta. Es una cuestión de suerte.

—O de mala suerte —dijo Silvestre para abreviar.

—Es lo que siempre digo.

Lino arrugó la frente y lo miró con fijeza.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Bueno, no.

—No sé lo que estás pensando, pero es así.

Bebió medio vaso de vino y se aflojó en la silla. Luego, y como era de suponer, comenzó a hablar de

la perra suerte, con la mirada perdida en las oscuras copas de los árboles que se bamboleaban a ratos como para darle la razón.

* * *